



Por Armando
Boudet Gómez

Para todos

Hará ahora un año de su partida y, sin embar- go, los cubanos y muchos que no lo son se lo encuentran a cada paso, porque Fidel Castro es presencia continua e imperecedera entre nosotros, aquí y en otros lares, porque lo vemos y le hablamos en múltiples lugares.

Inquisidor, todo lo quiere saber, de "la misa a la media", como quería su mentor, José Martí, el Apóstol de nuestras guerras de independencia. "¿Cómo el herrero forja el hierro con su fragua y el martillo, cómo enseña el profesor y cómo aprende el alumno, cómo descubre el científico los secretos de la ciencia, cómo germina la semilla, qué peligros encierra el calentamiento global y cómo amenaza la voracidad belicista del capitalismo con arrasar la vida sobre la faz de la tierra?".

Para el saber, Fidel fue siempre agotador, la sabiduría de su intelecto y la agudeza de sus ideas las empleó de manera creadora con total desprendimiento, porque nunca quiso nada para sí y sí todo para los otros.

De Cuba, una antes del 1ro. de Enero de 1959 y la otra después de Fidel. Si hay una estrella hoy en el firmamento con ese nombre que brilla con luz propia, esa la pusieron la Revolución de Fidel y el pueblo cubano con su espíritu de lucha, sus principios, su firmeza, su capacidad de resistencia, y su inquebrantable fe en la victoria.

Fidel fue un estratega de la guerra de liberación contra la dictadura batistiana, y es un estratega de la formación y desarrollo de nuestro país, ganán-

dole todas las batallas al imperialismo norteamericano, la de la invasión de Girón en 1961, la de su criminal bloqueo y la de la enfermiza hostilidad de sus gobiernos de turno.

Los que pudieran pensar que su partida lo confinó al recinto donde se guardan sus cenizas en la heroica provincia de Santiago de Cuba, no lo conocieron ni lo conocen. Para él no hay reposo. Como el Quijote, cabalga en otro Rocinante, deshaciendo entuertos y derrotando los molinos del mal.

A su paso crece la esperanza de los oprimidos, de los explotados, de los marginados y les llega el aliento de luchar, luchar y luchar por su derecho a una vida mejor, que es posible, frente a todas las adversidades, con dignidad, soberanía e independencia.

Si hoy miles de hombres y mujeres de todo el universo lo reverencian y reconocen es porque en cada tribuna y foro que habló fue para darles voz a los que nunca la han tenido, y para decir las verdades que muchos hubieran querido expresar y no lo hicieron por ataduras ancestrales o por temor a las represalias del poderoso imperio del Norte.

Su pensamiento es y será el mejor interlocutor de los que no tienen nada y la espada redentora que podrán enarbolar por las conquistas de que han sido privados a lo largo de siglos por las potencias colonialistas, neocolonialistas e imperialistas.

Frente al circunstancial avance derechista en la región latinoamericana y caribeña, la historia de la forja soberana e independentista de nuestros pueblos se encargará de revertirla, como lo logró y logra hacerlo Cuba, porque nos sobra patriotismo y dignidad y porque contamos con un Fidel que no nos abandonará nunca a nuestra suerte.



Por Jorge Enrique
Jerez Belisario

Confianza eterna

Siempre confió en los jóvenes y no podía ser de otra forma; un país todo se encomendó a él y a los suyos sin importar sus escasos 26 años de edad. Cuando parecía que Cuba se hundía en su dolor y ya algunos se preguntaban dónde estaban los martianos de ese tiempo, este muchacho, adoctrinado por el Maestro y cansado de ver a su pueblo sufrir, asaltó la esperanza de muchos y convirtió a la Maestra de todas las sierras en el estrado que lo inmortalizó.

No resulta extraño entonces que él confiara tanto en los más bisoños. La Revolución que pensó, la niña de sus sueños, era, es y será una obra de y para jóvenes. Quizá por eso iba, una y otra vez, a convocarlos, allí mismo, donde se hizo revolucionario. Cuentan los afortunados de esa época que no había hora para que el gigante de verde olivo apareciera en busca de sus mejores aliados, lo mismo en el campo productivo que en la colina universitaria.

En los momentos más difíciles de su Cuba, cuando algunos pensaron que tres consignas y dos cristales rotos amedrentarían a todo un pueblo que ya era dueño de su destino, él tuvo como primer pensamiento, una vez más, recurrir a la fuerza del Alma Mater, no se percató que era agosto, aun así miles lo siguieron a demostrar que las calles seguían siendo de los revolucionarios.

No fue casualidad que justo cuando se conmemoraba el aniversario 60 de su entrada a la Universidad, en el Aula Magna, con la capacidad sin igual de viajar al futuro para luego regresar y contarlo, nos alertara de que el proceso revolucionario era reversible si no le poníamos freno a males

como el derroche, la corrupción y la burocracia, y solo en las manos de los jóvenes estaba y aún está la posibilidad de impedirlo.

"¿Es que los hombres pueden hacer que las revoluciones se derrumben? —se cuestionó aquel día— ¿Pueden o no impedir los hombres, puede o no impedir la sociedad que las revoluciones se derrumben? Esta Revolución puede destruirse, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra". Era la primera vez que hablaba en tales términos. Dictaba otra tarea, de esas complejas que dejan los de su talla: demostrarle a la historia que sí podemos contra su rueda. Pero lo que no nos contó nunca fue cómo enfrentarnos al paso del tiempo. No nos dejó tareas para evitar el destino y comprender su adiós.

Ahora nos toca a quienes vivimos en su era, a quienes crecimos escuchando sus discursos de seis, siete, ocho y todas las horas que fueran necesarias, lograr que quienes nunca lo vieron marchar al frente de su gente con su imponente figura, lo sientan tan suyo como sentimos nosotros el captado por Tirso Martínez, tirándose del tanque en Playa Girón.

En su último mensaje a los jóvenes nos testaba: "Si los jóvenes fallan, todo fallará. Es mi más profunda convicción que la juventud cubana luchará por impedirlo. Creo en ustedes". Cómo fallarle a quien nunca nos falló, cómo traicionar el camino seguro que nos enseñara, cómo no gritar Yo soy Fidel, crearlo de verdad y convertir la consigna en un modo de actuación.

Cómo no seguir creyendo en un hombre como él, cómo no seguir luchando por su proyecto de país, que es nuestro, cómo renunciar a la alternativa que él le mostró al mundo y cómo no derramar lágrimas cuando nos llega el primer aniversario del día más triste de nuestras vidas, el día que partió el mejor hijo de la patria, el día que nos dimos cuenta que no era inmortal, pero sí eterno.

ACTUALIDADES

Hacia solo tres meses que habíamos celebrado los 90 años de bendiciones que nos regalaba con su vida, y con ello nuestras ediciones se volvieron testimoniantes de cada una de sus huellas en el Camagüey. En medio del más infinito dolor de nación no había tiempo para el descanso. El cansancio no pudo con los cuerpos, jóvenes o añosos, que solo querían darle al hombre eterno su mejor tributo de fidelidad.

Nuestro equipo de reporteros y fotógrafos guardaron las imágenes del pueblo y el amor en su más llano significado. Veinticinco instantes, veinticinco de muchos, de cientos que en esos días aciagos se esparcieron como gratitud y compromiso jurados a lo largo y ancho del Camagüey de Fidel conforman la muestra que hoy abre en la sede de la Asamblea Provincial del Poder Popular y que a partir de febrero del 2018 recorrerá varios lugares de la provincia.



Fotos: Leandro Pérez Pérez y Orlando Durán Hernández

